

Julio R. Barcos

Segunda etapa de la emancipación americana

SUMARIO:

- 1.—Nuestra cita con el destino.
- 2.—Desintegración del «yo» de Europa; reintegración del «yo» de América.
- 3.—El desesperado escepticismo de Spengler refutado por el genio profético americano.
- 4.—Cumplirás en América el ciclo de una civilización mundial.
- 5.—Chile ante la nueva civilización del Pacífico.
- 6.—Fronteras que dividen y fronteras que unen.
- 7.—Política arancelaria que empobrece a los pueblos limítrofes no es política de buena vecindad.
- 8.—Iberoamérica se desplaza del plano semi-colonial al primer plano de potencia mundial.
- 9.—Responsabilidad de Chile y Argentina, hermanos mayores de la Independencia.
- 10.—Nos toca abordar la segunda etapa de la emancipación americana.
- 11.—América no está hecha. El plan de Alberdi para unificarla.
- 12.—La causa de América es la de su población, riquezas, industrias y comercio.
- 13.—Hacia la unidad aduanera y monetaria.
- 14.—Unidad y validez de las profesiones.
- 15.—Vasto plan de comunicaciones internacionales.
- 16.—¿Qué somos dentro de la economía mundial?
- 17.—Nuestra condición económica de pueblos vasallos.
- 18.—La tarea de nuestra generación.

NUESTRA CITA CON EL DESTINO



LOS problemas de vida o muerte que esta guerra mundial plantea a los pueblos de nuestro hemisferio, y particularmente a los iberoamericanos, se relaciona con el *hoy* y con el *mañana* de nuestro destino; o sea con nuestra posición en la actual contienda; y con «nuestro plan» estratégico para dirimir el *nuevo orden* de la postguerra.

Si la victoria militar correspondiere al «eje», la humanidad se ahorraría el trabajo de pensar, pues ya está sabiendo cuál es el «nuevo orden» que le deparará el *supergenio ario*. Si, por el contrario, como creemos nosotros los que llevamos a la democracia en la sangre y en el alma, el fin de las dictaduras ultra-raciales y ultra-nacionalistas estaría sellado, confiamos en que el mundo no quedará como estaba, cual se lo tiene prevenido al mismo capitalismo del Imperio Británico su capitán de tormentas Winston Churchill.

Necesitamos tomar perspectiva y ubicar cada cosa en su sitio dentro del panorama geográfico en que nos movemos, para poder apreciar nuestra situación y compenetrarnos profundamente del papel que nos depara la lucha en esta hora crucial para los destinos del hombre.

Para ello es necesario que bajemos de la cumbre de los sueños mesiánicos al mundo lleno de los hechos, puesto que la Historia no tiene en cuenta para nada nuestras utopías ni nues-

tras esperanzas. No son las ideas, sino ciertas leyes biológicas las que empujan el carro de los acontecimientos, sin que esto implique una negación de las fuerzas morales que tienden a humanizar al hombre y a organizar el mundo para la paz.

Tenéis vosotros en Chile, refugiado como en hogar propio al hombre que escribiera el mejor de los tratados sobre «Biología de la Guerra», el doctor Jorge Nicolai, trascendental obra que no puede ser de mayor actualidad en estos momentos. En su autoridad respaldo la afirmación precedente,

*

Abramos los ojos y captemos nuestra realidad. Observemos que, con excepción de la Unión norteamericana, todos los países de este continente, con los de Asia, Africa y Oceanía, han ocupado hasta aquí un plano secundario en la Historia. Dichos países—quíéranlo o no—han seguido como la sombra al cuerpo a las potencias europeas en su marcha *señorial* sobre el mundo. Europa se habría encargado de *hacer* la Historia, y el resto de las naciones de *sufrir* la Historia. En otras palabras: el cetro de la civilización juntamente con la hegemonía política y económica del mundo, lo empuñaba Europa hasta el comienzo de esta centuria. La tal civilización se desarrolló bajo el signo del capitalismo, cuyos atributos son; la sed de *poderío*, el ansia de *lucro*, la *conquista de mercados*, la colonización extra continental, el dominio financiero sin límites; en una palabra: el imperialismo. Pedirle al capitalismo que no sea rapaz, expoliador y opresor, es decir, que deje de ser el rey de los animales de presa, sería tan candoroso como pedirle al fuego que no queme.

Los choques de intereses entre las naciones que se repartían el mundo en tajadas para su explotación económica, se resolvían con la diplomacia del oro, con los golpes de Estado y

en última instancia con las guerras internacionales. Tal fué la lucha de gigantes de 1914-1918. La participación de los EE. UU. en el conflicto, única nación industrial capitalista de nuestro continente, la elevó *ipso-facto* al rango de potencia mundial. Fué la primera nación no europea que entró en la órbita de los imperios capitalistas del Viejo Mundo.

Los pueblos iberoamericanos, retardados en su desarrollo industrial e ineptos para la estructuración racional de su economía, continuaron vegetando en el plano secundario de países semicoloniales, abastecedores de materia prima, de alimentos o de mano de obra barata para las metrópolis financieras internacionales.

Pero los promotores de la gran guerra se llevaron en el pecado la penitencia: aceleraron la descomposición del sistema económico del capitalismo con un reguero de revoluciones que dejaban planteado un duelo a muerte entre el proletariado y la plutocracia.

La contienda actual, con las dos grandes dimensiones señaladas por Waldo Frank: la «guerra horizontal», cuya extensión geográfica abarca los cinco continentes; y la «guerra vertical» que, evidentemente, está removiendo las bases económicas y jurídicas de la sociedad capitalista, encuentra a las naciones americanas alineadas en un frente único antitotalitario. Y estamos en la hora del apresto para la defensa de América.

Nuestra tarea consiste en orientarnos y adiestrarnos para una acción coordinada en resguardo del tesoro patrimonial que hemos heredado de nuestros mayores: nuestra condición de pueblos libres—que «se gobiernan mal, pero que se gobiernan a sí mismos», como dijera Alberdi—nuestro credo republicano y nuestro estilo de vida, encarnado en esta elegancia de la civilidad y este ancho espíritu de comprensión que nos caracteriza a los hombres de América.

II

DESINTEGRACION DEL «YO» DE EUROPA; REINTEGRACION DEL «YO» DE AMERICA

El significado y las proyecciones de esta unión continental que nos hermana de un polo al otro, se intuyen al confrontar esta reintegración del «yo» de Europa. ¿No es ésta una señal de que hay un mundo que muere y hay un mundo que nace sobre el haz del planeta?

Estamos verificando en el laboratorio social de nuestra época, el proceso spengleriano de las culturas que nacen, crecen, fructifican y declinan, describiendo la misma parábola de la existencia del ser humano.

Cuando Spengler intituló su obra inmortal «Decadencia de Occidente», formuló un diagnóstico ineluctable. Desesperadamente escéptico por haberle contado las pulsaciones a un mundo agónico, y por haber rastreado la catástrofe que tenía a su patria por epicentro, el filósofo alemán no le vió otro fin a ese mundo enfermo y averiado, que el que nos describe en esta trágica profecía:

«Hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanza, sin salvación en el puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano, cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta de Pompeya, y que murió porque al estallar la erupción del Vesubio, olvidáronse de licenciarlo. Eso es grandeza; eso es tener raza. Ese honroso final es lo único que no se le puede quitar al hombre».

III

EL DESESPERADO ESCEPTICISMO DE SPENGLER
REFUTADO POR EL GENIO PROFETICO AMERICANO

Por nuestra parte, nosotros tenemos la convicción de que ese será, en efecto, el final de una civilización ultramaterialista, que adoró al becerro y pisoteó al Hombre; que creó un mundo titánico del progreso material y del poderío económico, pero basado en la expoliación, la servidumbre, el embrutecimiento y la miseria de mil quinientos millones de seres humanos.

Y creemos, para continuar sirviéndonos de la gráfica imagen spengleriana, que el volcán que ahora está arrojando lava y ceniza sobre las simbólicas Herculano y Pompeya de la autocracia y la plutocracia, ha de cubrir con el mismo sudario de muerte al totalitarismo y al capitalismo, sin que se congele en ellos el proceso evolutivo de la sociedad humana.

Spengler, europeo hipersensibilizado, miró al mundo desde la Babel de Europa, donde todo es caos, rivalidad y odio; y cuyo mapa político ha sido tantas veces hecho y deshecho por la espada del conquistador.

Si él se hubiera sobrevivido a la catástrofe habríamos podido replicarle desde aquí: ¿Olvida usted que, cuando el sol trasmonta en un hemisferio, en el otro está despuntando el alba de un nuevo día? Y en realidad, frente a la debacle en Europa, América se ha puesto de pie como una inmensa familia de las democracias para responder a la cita con el destino. Mientras de aquel lado del océano no hay, ni siquiera entre aliados, dos naciones que no se miren con odio o desconfianza, veintiuna repúblicas, que hablan el mismo idioma de la libertad, se han convocado aquí, sin recelos, sin fobias ni rivalidades para decirse con el corazón en los labios: «Démonos la mano y miré-

monos en los ojos», pues América tierra de la fraternidad y de la esperanza, es UNA e indivisible.

Comparad el cuadro de este bloque compacto y unánime de pueblos de paz, de amor y de trabajo, con aquel remedo de «Sociedad de las Naciones» con que disfrazaran su alianza las potencias victoriosas de 1918, tan frágil y efímera que cayera como los muros de Jericó al estrépito de las trompetas del pangermanismo. Y pensad, en cambio, en las nobles posibilidades que ofrece nuestro Continente de la Paz a la misma Europa, para conciliarla un día no lejano en el ideal cristiano, democrático y humanista de su reconstrucción política, espiritual y económica.

Fué también un americano del Sur, aquel maestro primario que le enseñara a leer a vuestro pueblo y el mío, *nuestro* genial Sarmiento, quien lo vaticinara con estas palabras proféticas: «Y si viéramos que Europa se tambalea, América se pondrá de pie para ir en su ayuda».

En la guerra anterior, fué nuestra hermana mayor la República del Norte la que corrió en su ayuda, salvándola de ser pisoteada por la bota del militarismo prusiano. Al presente esta misma gran nación americana, es el árbitro de la guerra.

IV

CUMPLIRASE EN AMERICA EL CICLO DE UNA CIVILIZACION MUNDIAL

Continuemos orientándonos.

Del esquema histórico de las naciones que se han venido desplazando alternativamente, en sus luchas por la hegemonía económica, se obtiene como reverso de la medalla, la ruta de la civilización que se desarrollara bajo el signo capitalista; o sea, de esta civilización mecanizada que conocemos y sufrimos

nosotros. Los hechos ilustran hoy con claro sentido, aquellas nociones elementales que aprendimos desde los bancos de la escuela: que la civilización nace en los valles de los grandes ríos; que el Nilo, el Ganges, el Río Amarillo y la Mesopotamia fueron su cuna; que esos focos se propagaron a otro estadio más grande, el de los mares internos, hasta llegar a la civilización del Mediterráneo, donde florecen las culturas greco-latinas, raíz de la nuestra. De la civilización de los mares interiores se pasa a una órbita mayor con los viajes de Colón a través del ancho océano que conduce a un inmenso mundo desconocido.

Una pléyade de intrépidos, de titánicos descubridores y fundadores de pueblos que prosiguen la empresa del marino genovés al servicio de España, abren esta inmensa vía de comunicación que es el océano, proporcionando al nuevo Imperio un inmenso reino «donde no se pone el sol». Con la era del vapor y del transporte mecánico, se multiplicarán las rutas intercontinentales surgiendo así *la civilización del Atlántico*.

Vemos, pues, hacer mundos nuevos y perecer otros que tuvieron cursos históricos de gran estilo.

Grecia dió paso a Roma, dejándoles ambas al género humano el saldo de una cultura humanista integrada por una civilización política. Esta resultará, a su vez, superada en grandeza y poderío por España, descubridora y conquistadora de nuestro continente. A su vez ésta hace mutis para dar paso a otros imperios, algunos de ellos aun más poderosos: Gran Bretaña, Francia, Rusia, Alemania, etc.

Asistimos ahora a una lucha mortal entre estos modernos imperios y ya se columbran dos mundos nuevos en oriente y occidente: Asia y América. En la primera, puede decirse que ha terminado, virtual y prácticamente, el imperialismo de la civilización blanca. En ésta, que es como el corazón geográfico del planisferio, por hallarse situada entre los dos océanos, lo que equivale a poseer las llaves de todas las rutas económicas del mundo, se cumplirá el ciclo de una civilización *mundial*, pe-

ro absolutamente diferenciada del imperialismo. El lema de Monroe: «América para los americanos», colmado por nuestra independencia política y económica, será superado por la realización del de Sáenz Peña: «América para la humanidad».

V

CHILE ANTE LA NUEVA CIVILIZACION DEL PACIFICO

Es obvio que el desarrollo de la llamada civilización de occidente no se ha detenido ni congelado en la cuenca del Atlántico.

Los pueblos del Extremo Oriente, que suman los dos tercios de la población total del globo, cansados de ser la presa que se disputan el imperialismo blanco y el imperialismo nipón, están adiestrándose en la presente guerra para la epopeya de su propia independencia.

China, Rusia e India juntamente con las riquísimas colonias asiáticas que se les irán de las manos a los imperios europeos, representan una potencialidad fabulosa para la economía liberada del mundo de postguerra. Nadie podrá impedir la independencia política y económica de las naciones de Extremo Oriente. El imperialismo panasiático del Japón tiene ya su fosa abierta en el panasiatismo de Shan Kai Shek y de los líderes panhindúes.

Da una idea de la vigorosa conciencia de la nacionalidad que tienen estas naciones, la declaración reciente de un ministro chino respecto del materialismo capitalista inglés y norteamericano: «No aceptaremos que dicho capitalismo nos imponga zonas determinadas sobre el litoral del país. Continuaremos abriéndole las puertas al capital extranjero, pero únicamente para explotar nuestras riquezas mediterráneas». Es decir: aceptaremos la corriente del capital sano que viene a colaborar en

nuestro desarrollo económico, ayudándonos a fomentar nuestras incipientes industrias, pero le opondremos un dique de contención al capital malsano que, en forma de monopolios, viene a convertirnos en factorías.

*

Y bien, hermanos chilenos, el resurgimiento de esta otra civilización cíclica, que llamaremos la civilización del Pacífico, brindará a los pueblos americanos situados sobre las costas de dicho océano, y particularmente al vuestro, los mismos ubérrimos beneficios que les brindara a los de la otra ribera, la civilización del Atlántico.

Su posición geográfica y su extenso litoral, favorecen a Chile como principal beneficiario en el futuro intercambio económico con Asia, pues son éstos los mismos factores que han favorecido a la Argentina en su intercambio con Europa. Ambos países con su extenso litoral, que abarca la zona templada y fría de la América del Sur, cuentan con las llaves de las mejores rutas marítimas del globo. EE. UU. cuenta con una doble línea interoceánica que le ha favorecido económicamente, pero su ubicación sobre el hemisferio norte, que es la parte más densamente poblada de la tierra, no le ofrecen todas las grandes posibilidades que representa para el futuro la América meridional. A la América del Norte le falta la gran zona subtropical con que cuenta la del Sur. Con el agregado de que nuestros ríos internacionales, «camino que andan» como dice Alberdi, forman un sistema arterial destinado a transportar el torrente de la economía por vía del comercio interior entre las naciones hermanas.

VI

FRONTERAS QUE DIVIDEN Y FRONTERAS QUE UNEN

El general José M. Sarobe, uno de los valores intelectuales de la Argentina, ha dicho a este respecto en una medulosa disertación sobre la Política Económica Americana, lo que sigue:

«La influencia del comercio y de la producción industrial de las naciones superpobladas de la gran Asia, en el vasto océano y sobre los estados sudamericanos ribereños, se dejará sentir en un futuro no lejano, y ello impone desde ya la vinculación económica de esos países, especialmente entre la Argentina y Chile, que representan los intereses continentales en la extremidad meridional más rica, poblada y accesible entre ambos océanos.

«Las ventajas de una nueva política entre ambos estados, sin barreras aduaneras, sin trabas para el intercambio por mar, harán sentir sus beneficiosos efectos a poco que se inaugure a partir de las zonas fronterizas, donde a causa de ese aislamiento entre las dos naciones se lleva una vida económica precaria, cuyo resurgimiento depende de la eliminación de tales factores de clausura.

«El oeste y el norte argentino no están distantes del litoral oceánico por el lado de occidente. El Pacífico está cercano y no es factor de disociación del intercambio entre ambas naciones la mole del Andes; lo es, sí, la estructuración económica, política y fiscal que se ha dado la nación argentina, que centraliza su actividad en Buenos Aires, y con la mirada absorta en las engañosas perspectivas de ultramar, vuelve la espalda a la rica región mediterránea de la república.

«La muralla pétrea de la cordillera, ha cedido en magnitud como obstáculo geográfico, frente al extraordinario progreso de

las vías y medios de comunicación contemporáneos. La cordillera abierta debe ser el lema de nuestras relaciones económicas con Chile».

Y el doctor Alfredo L. Palacios, en un magnífico discurso pronunciado en el Senado argentino, con motivo de la reconstrucción del ferrocarril transandino por el Estado, dijo verdades parecidas:

«Hay una grande y noble tarea a realizar, reconquistando la propiedad de nuestra riqueza y reencontrando la olvidada confraternidad iberoamericana. La reconstrucción del transandino contribuirá a esa política. El riel trepará de nuevo las montañas; abatirá las cumbres más altas, penetrando en las entrañas de la cordillera para vincular a los pueblos hermanos, trayendo y llevando hombres y mercaderías.

«Los grandes imperialismos que buscan mercados y dividendos, quieren, en nuestra América, patrias fraccionadas y débiles, porque así la tutela se ejerce más fácilmente. Y nuestros gobiernos con su acción contribuyen a separar los pueblos. ¿Cómo explicar si no el cierre del transandino durante tanto tiempo?

«Con Chile nos complementamos económicamente. El ferrocarril es una base segura de vinculación entre los pueblos de nuestra América. Tenemos los mismos problemas: poblar el desierto, cultivar los campos y educar al pueblo».

VII

POLITICA ARANCELARIA QUE EMPOBRECE A LOS PUEBLOS LIMITROFES NO ES POLITICA DE BUENA VECINDAD

Pero el crecimiento económico de nuestros países no puede circunscribirse al comercio de ultramar en beneficio de las poblaciones del litoral, sino que necesitamos propulsarlo en los

pueblos mediterráneos, y expandirlo luego dentro del continente, empezando por los países hermanos que nos rodean y cuya interdependencia económica les impide marchar aislados, he aquí la necesidad que se nos presenta de substituir las fronteras que nos dividen con las fronteras que nos unan. Las fronteras que nos dividen a Chile de la Argentina, no son los Andes, sino la política antieconómica de ambos Estados contra la libre circulación de su intercambio.

Invocar en todas las conferencias de cancilleres, la fraternidad americana en base a la *solidaridad económica*, y mantener, al mismo tiempo, trabada la libre circulación de la riqueza entre países que, como Chile y Argentina, se necesitan mutuamente, que se completan en sus producciones y en sus necesidades económico-sociales, es un contrasentido. No hay sino un camino para la paz: abolir los sórdidos factores de la guerra económica, representados por la política arancelaria entre pueblos vecinos y parientes. Una cosa es la política aduanera que mira al interés del Fisco; y otra, la política económica nacional que persigue el desarrollo de sus fuentes creadoras de riqueza.

¿Qué importa que la balanza del intercambio chileno-argentino arroje un déficit de cuatro o cinco millones para mi país, cuando el que arroja nuestro comercio con los EE. UU. es de 200 millones?

Lo que ganen nuestros pueblos, que son para la economía común casi dos provincias, por el libre intercambio de sus productos en el desarrollo de sus industrias criollas, en el bienestar de las provincias andinas de uno y otro lado de la cordillera, no se calculará en decenas de millones, sino tal vez, en miles de millones para la economía incipiente de estos pueblos.

Yo me pregunto, señores: ¿Para qué hemos puesto un Cristo en los Andes, si los intereses de mostrador de un grupo de mercaderes han de prevalecer sobre los de la fraternidad americana? ¿No os parece mezquino y ridículo este regateo, por el lado de allá, a las exportaciones: pasas, nueces, porotos, vinos

y mariscos chilenos; y por el lado de acá, a la introducción de cereales y carnes argentinas, productos básicos de la alimentación del pueblo, que debieran llegar a vosotros sin los voraces recargos del llamado *derecho aduanero*?

No es fácil calcular la inmensa riqueza que se malogra y el ejército de hombres y mujeres de brazos caídos con que se aumenta la desocupación, amén de los estragos de la miseria que como fruto de las trabas aduaneras cosechan ambos países.

Ante esta política económica de los gobiernos, yo me pregunto, señores: ¿para qué habremos llevado a cabo la grandiosa empresa de construir, con la *cooperación de todos los países* del continente, la carretera panamericana, obra sin igual en el mundo, si no ha de ser, precisamente, para canalizar por esta vía de comunicación el libre cambio interamericano?

Nosotros no necesitamos teorizar sobre la materia. Hemos sido el conejo de experimento del convenio aduanero protocolizado por nuestros gobiernos: Durante las primeras décadas de la independencia, sellada con la sangre y el alma de ambos pueblos, las puertas naturales de la cordillera estaban abiertas al libre cambio y florecían en relativa prosperidad pueblos y aldeas a lo largo de las provincias andinas. Tan pronto como tuvimos un ferrocarril transcordillerano y el Estado implantó el sistema antieconómico de los aranceles, matamos la gallina de los huevos de oro. Miseria y despoblación, sobre todo en nuestras provincias de Rioja y Catamarca fueron sus frutos.

Las aduanas terrestres impiden miles de transacciones entre los países limítrofes. El comerciante se abstiene de pagar derechos por mercaderías que no está seguro de vender, lo que no ocurriría si pudiese reenviarlas al fabricante. Los gobiernos hacen el cálculo de «su» renta aduanera, pero no el de la fortuna nacional que malogran. No es posible calcular los desperdicios de fuerzas que ocasiona esta traba económica con sus molestias y las pérdidas de tiempo a que está condenado el que envía y el que recibe sus productos. La voracidad del Fisco, que se

adueña del 50% del total de este intercambio, por concepto de aranceles, derechos consulares, de estadística, etc., sin contar las imprevistas diligencias en papel sellado, ha terminado por convertir el vergel en erial a lo largo de esa frontera de 4,500 kilómetros, donde el libre intercambio prosperaron ayer poblaciones que al presente vemos empobrecidas, despobladas y con sombríos cuadros de miseria. Recargar el valor del trigo y de la carne que consume vuestra población, al trabar su importación a Chile, no es menos inicuo que recargar el valor de los productos chilenos que importa mi país.

VIII

IBEROAMERICA SE DESPLAZA DEL PLANO SEMICOLONIAL AL PRIMER PLANO DE POTENCIA MUNDIAL

He tratado de pergeñar el esquema de un proceso histórico-geográfico mundial con perspectiva al orden de postguerra. El hecho promisor de tal proceso es que, nuestra América del Sur se desplaza, ostensiblemente, de su plano colonial a un primer plano jerárquico en el cuadro ulterior de las potencias mundiales.

Hasta aquí nuestra visión del mañana.

Pero no olvidemos que el futuro es hijo del presente y que como reza el proverbio castellano «quien pierde la mañana pierde la tarde». El presente es bloque de granito que la Historia ha puesto en manos de la actual generación, para que ésta la convierta en obra de arte. En otras palabras, el presente es lo nuestro y el futuro lo de nuestros hijos. Ellos tendrán el derecho de exigirnos que la herencia a recibir no sea en mengna de la que nosotros hemos recibido de nuestros antepasados.

*

Volvamos a mirar a la unidad de América. Naturalmente que este panorama de conjunto no nos engaña en cuanto a la particular realidad de cada uno de sus miembros. No por tratarse de hermanos consanguíneos, amamantados en los mismos pechos de la libertad y nutridos con los mismos principios democráticos, dejan los pueblos de la misma raza de exhibirse como una familia desavenida.

Su vida de relación es, al presente, poco más o menos como la del virreinato. Somos una compacta unidad geográfica y nos mantenemos aislados como si pertenciéramos a un archipiélago. Nos llamamos hermanos y nos tratamos con el frío convencionalismo con que suelen tratarse los parientes ricos con los parientes pobres. A esta muralla de incompreensión, vanidad y egoísmo, se agregan otros factores, el de los regímenes políticos dictatoriales y el del oro extranjero conquistador, igualmente interesados en aislar países entre sí para evitar que las víctimas se entiendan y se ayuden.

Como vemos, nuestra tarea previa es reconquistar los corazones, acercar a los pueblos, es decir a los espíritus rectores que guían a sus juventudes y clases populares. Todo lazo de solidaridad americana creado oficialmente de gobierno a gobierno, no pasará de un curso de flores de la diplomacia, si las juventudes, los educadores, la intelectualidad y el proletariado que son la corriente anímica de la nación, no lo sellaran con el fuego sagrado de su idealismo y su entusiasmo.

Nosotros, *los hombres de la cultura* queremos colaborar en esta tarea. Y si se nos perdona la franqueza, queremos esperar el pacto de los Estados con la alianza efectiva de los pueblos. No siempre los gobiernos son fieles intérpretes del *sentir* y el *querer* del soberano. A veces el divorcio entre ellos y el pueblo suele ser tal, que el Estado pasa a ser la contrafigura espiritual de la Nación.

Nosotros necesitamos y queremos que los pueblos consoliden, leal y fervorosamente, los pactos subscriptos en las conferencias panamericanas de cancilleres.

Y eso es lo que estamos haciendo con esta diplomacia sin protocolo y sin restricciones del intercambio intelectual entre los dos pueblos genitores de la independencia americana.

IX

RESPONSABILIDAD DE CHILE Y ARGENTINA, HERMANAS MAYORES DE LA INDEPENDENCIA

El destino unió a nuestros pueblos desde que nacieron a la libertad hasta su definitiva organización política. Nuestros próceres de la independencia sellaron con su abrazo simbólico nuestra eterna alianza. Un mismo maestro primario les enseñó a leer a ambos pueblos. En Chile encontraron nuestros preclaros varones argentinos, la libertad perdida en el suelo de su patria, y entre vosotros se adiestraron para levantar sobre la tumba del último tirano de mi país, el régimen definitivo de nuestra República Federal. Hoy menos que nunca podríamos marchar aisladamente. No son sólo fuerzas históricas geográficas y raciales las que nos dan casi unidad de nación. Es la fisonomía espiritual, el estilo de vida y la comunión de idealidades, lo que nos dice que Chile y Argentina, hijas de la misma madre, tienen un mismo perfil y una sola alma. Ambas comparten la primogenitura de la Revolución Sudamericana; vale decir, comparten la responsabilidad de hermanas mayores, para consumir esta revolución «nuestra» que hoy vuelve a retornar su curso en la historia. Subrayo lo de «nuestra», para dejar sentado que no necesitamos invocar ninguno de los mitos transoceánicos, cuando tenemos el «nuestro», que es la Democracia: camino y meta de la justicia humana. Si algo enseña la historia,

es que toda revolución digna de este nombre, ha sido y será siempre obra genuina del genio del pueblo que la realiza. Ningún pueblo se cura por mano ajena. «Cada pueblo se salva o se hunde por sí mismo», ha dicho Alvaro Albornoz, uno de los mil cerebros privilegiados de la España republicana. Y agrega el Maestro: «La agresión puede venir de afuera; la libertad no. Los pueblos, como los hombres, pueden recibir del exterior la muerte, pero no la vida. La verdadera vida sólo se engendra en la propia substancia y tiene no pocas veces el precio del heroísmo y el sacrificio».

Nosotros no queremos perder la ruta de la Revolución americana; no queremos encallar la nave de «nuestra» Revolución, prestando oído a las sirenas de mares exóticos. Lo que queremos, con noble orgullo de raza, es recobrar la personalidad americana para plantearnos como pensadores autóctonos, con magnífica independencia espiritual, nuestros problemas sociales americanos.

No queremos *seguir* a nadie. Aspiramos a ser los directores y los obreros de un mundo en construcción, que es nuestra América indo-ibera.

Orientémonos.

El panamericanismo es la meta del ideal político continental. Pero a ella debemos llegar paso a paso. La América del Norte es al presente una unidad consolidada. La América nuestra, en cambio, no está hecha. O, como dijera Alberdi, está mal hecha, porque la carta geográfica que se diera al libertarse de España, no consulta la interdependencia de sus necesidades económicas para el intercambio de sus productos.

Difícil será vincular, de la noche a la mañana, veinte naciones que han permanecido aisladas entre sí. Habrá que hacer lo entonces, indispensablemente, tramo por tramo.

Mi punto de vista es el siguiente:

La solidaridad hispanoamericana deberá tener por cimiento la solidaridad económica de las ex provincias españolas, cu-

ya interdependencia moral y material no se discute. En el sur, Chile, Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay formarán el primer bloque. Un estadígrafo argentino, Alejandro Bunge, propone formar con ellos una unión aduanera, demostrando las enormes ventajas económicas que ella nos reportaría. Pero ¿por qué quedarnos a mitad del camino? Federar a estos cinco Estados bajo el nombre de Unión Americana del Sur, equivaldría a igualar en posibilidades de riqueza y de progreso a los EE. UU. del Norte, dado que, juntas representan un caudal inmenso de productos bases para las industrias de paz y de guerra. Esta Unión del Sur, promovería la Unión Centro-americana con el resto de los países de habla española desde Perú a México. Y por este camino llegaríamos a la Federación Aduanera Continental, constituida por estas cuatro Uniones de Estados; Los EE. UU. del Sur, los EE. UU. del Brasil, los EE. del Centro y los EE. UU. del Norte.

X

NOS TOCA ABORDAR LA SEGUNDA ETAPA DE LA EMANCIPACION AMERICANA

¿De qué otro modo podríamos abordar la segunda etapa de la Revolución Americana; o sea su integral independencia de todos los imperialismos?

Este ideal americanista no es nuevo. Lo alentaron nuestros libertadores. Lo sirvieron San Martín y Bolívar al luchar por la independencia americana. Y lo mantuvieron vivo los mejores cerebros de todos los países desde Chile y Argéntina hasta Centro América y México, cuya bandera retomaron en mi patria hombres como Ingenieros y Palacios, fundador el primero y presidente el segundo de la *Unión Latinoamericana*, a la que pertencí. En el Perú, Haya de la Torre le da a este ideal ame-

ricano un matiz regional propio con su partido del Apra. Y en Chile este ideario tiene amplia aceptación.

Pero la fe de bautismo del americanismo auténtico la encontramos, señores, en la «Memoria» que escribió Alberdi en 1844, en Chile, sobre la *Conveniencia y objetos de un Congreso General Americano*, trabajo con el cual obtuvo en la Universidad de Santiago, su título de licenciado en ciencias jurídicas que no quisiera aceptar antes, firmado por el tirano de su patria.

Es pasmosa la frescura de las ideas que inspiraron dicho trabajo. Al leerlo se tiene la impresión de que ha sido escrito para esta hora.

Alberdi, que sigue siendo el más grande sociólogo de América y el único economista que ha producido estos pueblos de mucha verba y poca visión de los fenómenos económico-sociales, vió la necesidad de un Congreso Organizador de nuestra América, cuando ésta contaba la edad infantil de su independencia. Comprendió Alberdi que el pensamiento político de Bolívar del Congreso de Panamá, debía ser superado por el de la total organización económica americana.

XI

AMERICA NO ESTA HECHA. EL PLAN DE ALBERDI PARA UNIFICARLA

«La América está mal hecha, es un pensamiento viejo que ha caducado», dice Alberdi. Ya pensaba él en las fronteras que unen contra las fronteras que nos dividen.

«La América está mal echa, señores, si me es permitido emplear esta espresión. Es menester recomponer su carta geográfico-política. Es un edificio viejo, construído según un pensamiento que ha caducado; antes era una

« fábrica española, cuyos departamentos estaban consagra-
« dos a trabajos especiales distribuídos según el plan indus-
« trial i necesario del fabricante: oi cada uno de los de-
« partamentos es una nación independiente, qe se ocupa
« de la universalidad de los elementos sociales, i trabaja
« según su inspiración i para sí. En esta ocupación nueva,
« en este nuevo réjimen de existencia, no siempre encuen-
« tra adecuado i cómodo el local de su domicilio para el
« desempeño de sus múltiples i varias funciones, i ten-
« dría necesidad de variar el plan de su edificio: pero tro-
« pieza en los límites qe estableció la Metrópolis monár-
« quica, i qe a respetado la América republicana. Tomo por
« ejemplo a los pueblos de Bolivia, qe bajo el réjimen colo-
« nial eran fábrica de fundiciones i acuñamientos metálicos
« de propiedad española; i qe oi no pueden ser lo qe es-
« tán llamados a ser, Estados comerciales e industriales,
« porque no tienen puertos de mar ni vehículos de inteli-
« jencia marítima con el mundo exterior i europeo». (*Hemos
« respetado la ortografía chilena de la época*).

Reclamaba el autor de las «Bases», libre acceso del Para-
guay al tráfico por los ríos del Sistema del Plata, pues consi-
deraba abusivo que esos ríos «que dan desahogo a los tesoros
de una mitad de nuestro continente deban ser adjudicados ín-
tegramente a la República Argentina». Y después de examinar
los sistemas fluviales de Norte y Sud-América, sienta esta tesis:

«La ciencia internacional enseña que la Nación propietaria
« de la parte superior de un río navegable, tiene derecho a que
« la nación que posee la parte inferior no le impida su navega-
« ción al mar, ni le moleste con reglamentos y gravámenes que
« no sean necesarios para su propia seguridad».

«La América del Norte consagró este mismo principio, a
« propósito de la navegación del Mississippi, en la época en que
« (1792) poseedores los Estados Unidos de la parte superior de

« este río y su orilla izquierda, la España era dueña de la boca
 « y ambas riberas inferiores. No habría razón, pues, para que la
 « América del Sud no consagre esta misma doctrina en sus le-
 « yes de navegación mediterránea. Ella debe dar absoluto ac-
 « ceso al tráfico naval de sus ríos, en favor de toda bandera
 « americana y con cortas limitaciones, de cualquiera otra bande-
 « ra, sin exclusión. La frecuencia de la Europa en nuestras cos-
 « tas marítimas ha sido benéfica para la prosperidad americana,
 « por qué no lo sería también su internación por el vehículo de
 « nuestros ríos? ».

XII

LA CAUSA DE AMERICA ES LA DE SU POBLACION, RIQUEZA, INDUSTRIA Y COMERCIO

Después de la victoria de su independencia—decía Alberdi—
 —la actual causa de América es la causa de su población,

« La actual causa de América es la causa de su población, de
 « su riqueza, de su civilización y provisión de rutas, de su ma-
 « rina, de su industria y comercio. Ya la Europa no piensa en
 « conquistar nuestros territorios desiertos; lo que quiere arre-
 « batarnos es el comercio, la industria, para plantar en vez de
 « ellos su comercio, su industria de ella; sus armas son sus fá-
 « bricas, su marina: no los cañones: las nuestras deben ser las
 « aduanas, las tarifas, no los soldados. Aliar las tarifas, aliar
 « las aduanas, he aquí el gran medio de resistencia americana.
 « A la santa alianza de las monarquías militares de la Europa,
 « quiso Bolívar oponer la santa alianza de las Repúblicas ame-
 « ricanas, y convocó a este fin al Congreso de Panamá. Señores:
 « la oposición entre las dos alianzas santas ha desapareci-
 « do. No es el programa de Panamá el que debe ocupar el nue-
 « vo Congreso; no es la liga militar de nuestro continente, no

« es la centralización de sus armas, lo que es llamado a organi-
« zar esta vez. Los intereses de América han cambiado: sus
« enemigos políticos han desaparecido. No se trata de renovar
« puerilmente los votos de nuestra primera época guerrera. La
« época política y militar ha pasado: la han sucedido los tiem-
« pos de las empresas materiales, del comercio, de la industria
« y riquezas.

« El nuevo Congreso, pues, no será político, sino accesoria-
« mente; su carácter distintivo será el de un congreso comercial
« y marítimo».

Propugnaba Alberdi, con genial captación de la realidad, un sistema económico regido por un mismo derecho comercial para todos los Estados americanos. Y en su visión augural del futuro no escapó a su genio organizador el problema fundamental para hacer real y efectiva la unidad económica del continente.

XIII

HACIA LA UNIDAD ADUANERA Y MONETARIA

« La unión continental de comercio debe, pues, comprender
« la uniformidad aduanera organizándose poco más o menos so-
« bre el pie de la que ha dado principio, después de 1830, en
« Alemania y tiende a volverse europea. En ella debe com-
« prenderse la abolición de las aduanas interiores, ya sean pro-
« vinciales ya nacionales, dejando solamente en pie la aduana
« marítima o exterior. Hacer de estatuto americano y perma-
« nente la uniformidad de monedas, de pesos y medidas que
« hemos heredado de la España. La Alemania está ufana de
« haber conseguido uniformar estos intereses, cuya anarquía ha-
« cía casi imposible el progreso de su comercio. Nosotros que
« tenemos la dicha de poseerla en plata y arraigada a nuestros

« antiguos usos cuántos esfuerzos no deberemos hacer para mantener perpetua e invariable su benéfica estabilidad».

Quiero llamaros la atención sobre la idea del patrón plata con que Alberdi le proponía a los Estados americanos respaldasen su sistema fiduciario. Acuñar en moneda las toneladas de ese metal que producía Bolivia, hubiera significado librar a nuestra América de su actual condición de países ricos de todas las riquezas, pero con moneda desvalorizada, porque la reserva mundial representada por el oro ha pasado a manos de unas pocas naciones capitalistas.

Actualizando el pensamiento de Alberdi sobre la materia, yo me pregunto si continuaremos rigiéndonos por el patrón oro que nos impone el capitalismo imperialista, o si, consecuentes con nuestro plan de la independencia política, financiera y espiritual de América, deberíamos regirnos—por lo menos para las transacciones interamericanas—por un patrón propio que resguarde el valor de nuestra moneda. Si bajo el signo de la civilización capitalista, el mundo aceptó por divisas el oro como símbolo de valores; ¿por qué no podríamos crear nosotros otro símbolo, no menos incuestionable que el oro y de un valor más real y permanente como sería la tierra, matriz de todas las riquezas e instrumento eterno de la economía humana? Se me ocurre pensar, que así como nuestro Banco Hipotecario de la Nación Argentina, poseedor de propiedades inmobiliarias que representan miles de millones de pesos, emite emisiones de cédulas lo hiciera en papel moneda para agrandar el volumen de nuestro medio circulante que, desde hace cincuenta años, no excede de 1.200.000.000 millones de pesos, vale decir, lo que fraccionariamente, las fábricas de automóviles Ford gastan en una sola de sus secciones.

Y para no abundar en las citas, me limitaré a enumerar otras proposiciones de carácter práctico y de actualidad que nos

ha dejado Juan B. Alberdi en dicha «Memoria» a modo de bre-
viario americanista.

XIV

UNIFORMIDAD Y VALIDEZ DE LAS PROFESIONES

Proponía la uniformidad y validez de las profesiones para los países de habla cervantina.

«Será suficiente con que se adopte el número de pruebas
« que haga indispensable la necesidad de poseer aquella parte
« en que la ciencia o profesión se haya localizado. Así la centra-
« lización universitaria en ciencias morales y filosóficas es un
« hecho que en la América del Sud no presenta una ejecución
« imposible; y es fácil ver de cuánto estímulo no serviría a las
« jóvenes vocaciones científicas y profesionales, la idea de que
« un grado expedido en cualquiera universidad de un Estado
« americano le hacía profesor en diez repúblicas».

XV

VASTO SISTEMA DE COMUNICACIONES INTER- NACIONALES

Reclamaba la construcción de un vasto sistema de caminos internacionales, pues «los pueblos de América—decía—habitamos un desierto inconmensurable». Por fortuna este ideal ha sido superado con la construcción de una carretera panamericana que nos permitirá comunicarnos mediante el moderno sistema del transporte automotor, desde un extremo al otro de las Américas. Cuando esta carretera se vea animada por centenares de miles de vehículos que lleven la prosperidad de uno a otro pueblo del continente, América contará con el más vasto

y completo de los sistemas de comunicaciones: los ríos, arterias que unen; el mar, vía de intercambio entre pueblos ribereños del continente, y el transporte mecánico que esparce la civilización y aumenta la densidad demográfica en los pueblos mediterráneos del mismo.

Poblar nuestro territorio baldío para abatir al mayor de nuestros enemigos: el desierto, tal era el lema suyo. «El mundo social, decía Alberdi, necesita espacio: nosotros lo tenemos de sobra; ¿podremos rehusárselo impunemente?». Tanto tremoló esta idea, a guisa de bandera, que la Constitución argentina la hizo suya declarando al país en estado permanente de colonización, al establecer en su preámbulo que, «el suelo argentino está abierto a todos los hombres de «buena voluntad» del mundo que quieran habitarlo».

Propugnaba Alberdi la creación de un Banco de Crédito Americano destinado al fomento industrial de los países de la raza. Aconsejaba, finalmente, una celosa custodia de nuestra independencia civil en las relaciones del Estado con el sacro imperio de Roma. Quería la amistad del Estado con el Pontificado, pero jamás la sumisión del poder civil al eclesiástico. «En todos los casos, decía, nuestra política para con Roma debe ser invariablemente lo de no permitirle que no esté en armonía con los principios de nuestra independencia y soberanía nacional y del nuevo régimen democrático adoptado por nuestros Estados».

Chile ha superado este concepto separando la Iglesia del Estado, eliminando así todos los conflictos religiosos.

*

He aquí a nuestro iluminado Alberdi oteando el porvenir de América a los veinte años de su independencia. Al leerlo una centuria después podemos decir con Rafael Barrett: «Hombre

de genio es aquel que se adelanta al presente para ir a golpear las puertas del futuro».

Las puertas que ha venido a golpear el genio de Alberdison, precisamente, las de esta época en que Indo-América pasa de la adolescencia a la adultez, para adueñarse definitivamente de su destino.

El drama de nuestro siglo nos encuentra integrando una de las únicas líneas de fuego en que se han dividido las naciones.

No es fácil predecir el desarrollo de los acontecimientos, pues la guerra, y ésta más que ninguna, es un diabólico juego de azar, fértil en sorpresas políticas y en cambios de posición de los beligerantes. Los enemigos de ayer son los aliados de hoy y nadie sabe si serán los beligerantes de mañana. Pero sea cual fuere el curso de los acontecimientos, para nosotros ha llegado la hora de saber si están o no capacitados estos países, por sus condiciones económicas y políticas, para custodiar su independencia y para defender la integridad de su suelo.

XVI

¿QUE SOMOS DENTRO DE LA ECONOMIA MUNDIAL?

¿Qué somos; qué representamos; qué jerárquico puesto ocupamos en la geografía económica del mundo y en la de nuestro continente?

Veámoslo a vuelo de pájaro:

Del valor de la producción mundial de materias primas distribuidas entre los grupos de potencias capitalistas, el primer puesto pertenece a Europa y el segundo lo ocupa EE. UU. con el 22% del total; el tercero el Asia con el 16% y el cuarto nuestra América con el 8%.

En nuestra producción continental, el 73% le pertenece a EE. UU. y el 27% a los veinte países iberoamericanos.

En la producción industrial del mundo, representamos un lugar insignificante, con el 3% mientras que los EE. UU. representan más del tercio o sea un 35%. Si cotejamos los valores de la producción estadounidense con la de nuestra América, casi el 90% corresponde a la primera y algo más del 6% a la segunda.

Del capital internacional invertido en estos países, 5,500 millones de dólares proceden de EE. UU., 4,050 millones de Inglaterra; 620 millones de Francia; 70 millones de Alemania y 128 millones de otros. El 52,5% de ese capital es yanqui.

Reservas de oro.—EE. UU. tenía en 1938 el 58% del oro del mundo y nuestra América, emporio de riquezas naturales que están en manos extrañas, sólo el 2,8% de la reserva mundial. La fuga del oro europeo a Norteamérica promovido por la guerra han aumentado considerablemente esa reserva para EE. UU. y la ha disminuído para estos países que constituyen el *grupo deudor*, desbarrancando su moneda.

Quien acumula el oro tiene el poder en sus manos. Y no deja de ser una fortuna que, la más poderosa democracia de este continente sea quien pueda usarlo, como lo está haciendo, para la defensa de la libertad del mundo y para la ayuda económica de los pueblos americanos.

La capacidad industrial y el poderío financiero de los EE. UU. movilizadas con una danza astronómica de miles de millones para *ganar* la guerra y para *ganar* la paz, es lo que ha hecho del gran pueblo hermano del norte, el árbitro de la presente contienda.

*

Pero si en los EE. UU. e Inglaterra el capitalismo está frenado por el Estado, cuyas grandes utilidades pasan a sus

arcas por concepto de impuestos, no podemos decir otro tanto los países americanos que nos hemos aliado con ellos.

XVII

NUESTRA CONDICION ECONOMICA DE PUEBLOS VASALLOS

De la concentración financiera que en forma de *trusts* operan contra la economía de estos pueblos, una idea ofrece mi país, donde una decena de firmas internacionales controlan nuestra economía rural, nuestros transportes, nuestros servicios públicos y todo el comercio minorista interno.

Económicamente, en la Argentina estamos más sometidos al imperialismo del capital británico que el Canadá y Nueva Zelandia. Para camoufflar su carácter imperialista dicho capital se vale de toda clase de tretas, empezando por la multiplicación de empresas llamadas «nacionales» y que para disimular sus ganancias desdoblan las organizaciones, entregando acciones sin cargo de las sociedades hijas a los accionistas de las empresas matrices. Simulan ventas a precios irrisorios de parte del activo a nuevas sociedades. Aguan el capital o simulan emisiones de debentures con todo lo cual no se consigue que dejen de dar dividendos fantásticos. Lo más chistoso es que después de explotar la riqueza y el trabajo de nuestro país, lo hacen aparecer como nación imperialista a los ojos de los países vecinos. No es extraño oír hablar en Paraguay, Bolivia y Brasil del *imperialismo argentino*, cuando en esas organizaciones mercantiles con el rótulo de compañías «nacionales» sólo son argentinos algunos figurones políticos que les sirven de pantalla para sus manejos.

Antes de que multiplicaran sus tentáculos sobre todas las zonas económicas de la nación, los consorcios financieros que

operan en mi país, sobre los cuatro mil millones de pesos del capital de sociedades anónimas invertidos en la Argentina en 1917, sólo dos millones eran nacionales, o sea seis centavos argentinos por cada cien extranjeros. Sólo cuatro firmas cerealistas acaparan el 85% de la exportación. Y el grupo Bunge Born, uno de los baluartes económicos ingleses más fuertes de la América del Sur, controla a través de 50 y tantas empresas conocidas, la comercialización e industrialización de productos bases para la guerra: trigo, lino, maíz, algodón, aceite, fibras textiles, harinas.

Los sectores de nuestra economía que no acapara Bunge Born los acaparan los frigoríficos, las empresas ferroviarias y de transporte de pasajeros, devenidas después del golpe de mano del 6 de septiembre de 1930, en monopolios que han fagocitado a una de nuestras más simpáticas industrias populares: la de los autos colectivos creada por los choferes metropolitanos.

*

Pero este cuadro de la *economía capturada*, en mi país, no es sino la ventanilla por donde cada una de las naciones latino-americanas puede asomarse a contemplar su propia condición de pueblos vasallos del capital internacional. Somos pueblos políticamente independientes y económicamente esclavos. Esa es nuestra realidad actual.

En Chile vengo oyendo hablar de «las cincuenta familias y las veinte casas imperialistas», palabras que sintetizan todo un tratado de sociología chilena. Si cincuenta familias criollas y veinte firmas imperialistas usufructúan y controlan todo el proceso económico-social de vuestro país, ello deja al descubierto vuestra realidad nacional. Sois un estado democrático montado sobre un sistema económico feudal, el de los «señores» que dominan al pueblo de su patria, y el del capitalismo imperialist

que se entiende con esta oligarquía plutocrática para mantener encadenada a la nacionalidad. Donde pongamos el dedo sobre el mapa de nuestra América, nos encontraremos con el mismo fenómeno social. La geografía económica de la América Latina, señores, no ha sido escrita todavía por ningún didacta iberoamericano. Describirla es parte de la tarea que esta nueva etapa de la emancipación americana reclama de los hombres de estudio de la actual generación. Cuando se escriba esta geografía comprobaremos que, así como hasta principios de la pasada centuria uno mismo era el poder político que nos uncía a la corona española, al presente es también una misma la cadena que enyuga a estas ex colonias de España, al poderío de otros amos invisibles mucho más poderosos, como son los modernos césares de la banca y de la industria, que pueden dictar nuestras condiciones materiales de vida y hasta si tenemos o no el derecho a vivir.

Pero la gi-antanasia del capitalismo ha cumplido su etapa y como los monstruos de las faunas fósiles está buscando por sí mismo, con la presente guerra, la capa geológica que ha de servirle de mortaja.

XVIII

LA TAREA DE NUESTRA GENERACION

Sea cual fuere la suerte de los otros continentes, la de América está trazada: *consumar el plan de su revolución*; hacerse integralmente libre uniéndose en una misma milicia libertadora conducida por un solo anhelo y orientada por un plan común de redención social, para poner a cada país «en forma»; como dicen los atletas; para defender nuestro capital racial, para llegar a una América sin analfabetos y sin parias; y para hacer de ella el continente de la paz y el *refugium peccatorum* de todos los soñadores del mundo que vengan a ocupar al lado

nuestro un puesto en el andamio de este vasto mundo en construcción. Esta es la tarea que les toca realizar a los maestros y las juventudes, a los intelectuales y los artistas, a los líderes del proletariado y a los apóstoles de la justicia humana.

En tiempos de guerra, la nación moviliza sus fuerzas humanas y las distribuye estratégicamente para la defensa nacional: el soldado que va a las trincheras y el ejército civil de la producción que los abastece de municiones y víveres. Pero en todo tiempo los ejércitos encargados de la defensa integral de la nacionalidad son cuatro: el sanitario para defender nuestro capital racial, mediante la nacionalización de la medicina; el de los productores, para convertir gradualmente a los nativos en *amos* y no en *colonos* del capital extranjero; el de la educación, para que no quede un niño sin un banco, un maestro y una escuela; y en último término, el de los militares, para que monten la guardia sobre la tumba de los próceres de nuestra independencia y formen cuadro en torno de la Constitución nacional. A medida que estos cuatro ejércitos vayan unificando su plan de acción creadora para toda la América Latina, el Frente Democrático Americano cumplirá su misión histórica, que es: luchar por la total independencia económica de este grupo de naciones.

Queremos y debemos orientarnos dentro de las posibilidades grandiosas del *panamericanismo*, primero: porque nuestra seguridad nacional depende de la continental; y segundo: porque así como hemos tomado de los EE. UU. su régimen democrático de la educación popular y sus principios constitucionales, podemos tomar ahora su técnica y asociarnos un día a ellos. no ya como tributarios, sino como sus iguales en la industrialización de la América del Sur. Grave error sería mirar a los Estados Unidos a través de un complejo de inferioridad con celos y envidias lugareñas. Guardémonos de encastillarnos en un pueril orgullo nacionalista y aceptemos la lección, como aceptamos la cooperación de los Estados Unidos, O para

hablar con las palabras de Sarmiento: Seamos Estados Unidos y, si algún día podemos, seamos algo más que Estados Unidos.

Tengo particular fe para esta nueva epopeya del espíritu en la alianza de los educadores, con miras a la unidad cultural de América. Unir a los maestros, significa unir a las juventudes. Crear un vínculo efectivo entre las escuelas, colegios y Universidades de América, intensificando y extendiendo el intercambio de profesores, alumnos, técnicos, artistas y profesionales, será practicar con sinceridad el *patriotismo continental*. América reclama de todos los trabajadores de la cultura, de las juventudes y las organizaciones obreras, este entendimiento mutuo, para que el Frente solidario americano no se circunscriba a las conferencias de diplomáticos, pues ello no pasaría de ser, si los pueblos permanecen ausentes, una obra más o menos epidérmica y efímera.

El breviario de este ideal americano lo ha formulado en un himno profético la más ilustre de las mujeres del continente, vuestra Gabriela Mistral. Bien vale la pena que cerremos esta disertación recordando sus iluminadas palabras:

«¡América! ¡América! Todo por ella; ¡porque todo nos vendrá de ella!: desdicha o bien.

Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca español, el quichua español, pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir la quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

«Maestros: Enseña en tu clase el ensueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga a la América, a su Bello, a su Montalvo, a su Sarmiento, a su Lastarria, a su Martí. No seas un ebrio de Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano y extraño, y, además, caduco, de hermosa caduquez fatal,

Describe a tu América. Haz amar tu luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra estepa austral. Dílo todo a tu América, dí cómo se canta en la pampa argenti-

na, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia.

«Artista: muestra en tu obra la capacidad de sutileza, la exquisitez y la hondura a la par, que tenemos.

«Industrial: Ayúdanos tú a vencer, o siquiera a detener la invasión que llaman inofensiva y que es fatal, de la América rubia, que quiere vendérselo todo, poblarnos los campos y las ciudades de maquinaria, de sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tu obrero, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

«¡América y sólo América! ¡Qué embriaguez, semejante futuro; qué hermosura, que reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!».